Según Lucas, cuando Pilatos supo que Jesús era natural de Galilea, jurisdicción de Herodes, se lo envió a él aprovechando que éste se encontraba de visita en Jerusalén, pero nada de esto se menciona en ninguno de los demás evangelios, ni siquiera en Marcos, de donde se supone, Lucas copió, por lo que parece algo de su propia cosecha. Tampoco tiene sentido que Pilatos cediera a Herodes el mérito de arrestar y ejecutar al supuesto “rey de los judíos” y menos si, según el propio Lucas afirma, entre ambos gobernantes existían discordias.

Pilatos, pues, tiene en sus manos una buena oportunidad de ganar méritos ante el Emperador y para ello necesita armar una buena causa. Entonces, interrogó a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Y Jesús respondió con otra pregunta: “¿Dices tú eso por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?” La respuesta de Pilatos, según Juan, es declararse ajeno a la causa de su arresto, pues fueron los propios judíos quienes lo entregaron a él. Jesús, entonces, responde a la pregunta de Pilatos con estas palabras: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí”. Con otras palabras, él no es un zelote que pretende sacudir el poder romano por la violencia. Su reino es espiritual, esto es, en la conciencia de los seres humanos. Pero Pilatos, al parecer, no ve mucha diferencia en cuanto a las consecuencias últimas de semejante “reinado”. Por tanto, intenta llevar a Jesús a una respuesta concreta: “¿Luego, eres tú rey?” La respuesta de Jesús es la de reiterar su posición del reinado espiritual, lo que le lleva a un terreno filosófico sobre el triunfo de la verdad en la conciencia de los judíos: "Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz”. La cuestión, entonces, para Pilatos, un hombre formado en la cultura filosófica grecorromana, donde toda verdad es relativa, es saber de qué clase de verdad se trata, si esa verdad conduciría a la conciencia de la libertad inherente a todo ser humano, y en particular, a la subversión en el pueblo, a la idea de la soberanía de la nación judía. No olvidemos que el propio Jesús había enseñado entre los judíos: “Conoced la verdad, y la verdad os hará libres”. Por tanto, Pilatos pregunta: “¿Qué es la verdad?” (Jn: 18:33-38). La respuesta de Jesús no está en el Evangelio de Juan ni en los sinópticos más conocidos . El diálogo está como interrumpido. ¿Permaneció callado Jesús ante esta pregunta de Pilatos? Pero aquí Juan1, cuyo evangelio es el más pormenorizado, esta vez no pudo ser un testigo presencial por razones obvias, como sí lo fueron los miembros del Sanedrín que se encontraban allí. Y curiosamente, entre los evangelios apócrifos hay un texto conocido como “Evangelio de Nicodemo”, donde aparece el mismo diálogo pero completo y recordemos que Nicodemo era uno de los miembros del Sanedrín que simpatizaba con Jesús. Allí, tras la pregunta de Pilatos –“¿Qué es verdad?”-, la respuesta de Jesús es la siguiente: “La verdad proviene del cielo”. Pilatos, entonces, pregunta: “¿No hay verdad sobre la tierra?” Y Jesús responde: “Estás viendo cómo son juzgados los que dicen la verdad por los que ejercen el poder sobre la tierra”[[1]](#footnote-1).

Según la mayoría de las versiones evangélicas, Jesús se había comportado, durante su comparecencia ante Pilatos, con una actitud muy pasiva y parca, pero si la versión tibetana es real, se desarrolló todo un proceso frente a los miembros principales del Sanedrín en el que Jesús habló con gran elocuencia. Tenemos entonces a un tribuno que usó ese proceso para dar a conocer públicamente su mensaje y en tal caso es muy probable que haya convertido al acusado en una celebridad. Es muy posible que sin este proceso el movimiento creado por él hubiese pasado como una secta más entre tantas otras dentro del pueblo hebreo. Sólo así tendría entonces sentido que la supuesta traición de Judas hubiese sido un plan preconcebido para que ese mensaje adquiriese fuerza e incluso llegase a la posteridad. Si es así, Jesús se sacrificó para hacer que su mensaje trascendiera, algo que él mismo explicó con la metáfora de la semilla que muere para dar frutos y Judas solamente fue la mano obediente que ejecutó ese sacrificio, porque en la mente de Jesús el mensaje era más importante que el mensajero. Sabía perfectamente que después del recibimiento popular en Jerusalén en lo que se conoce como domingo de ramos, los hombres del Sanedrín estarían alarmados por el peligro que su prédica podía representar para el poder romano.

En el evangelio tibetano, recopilado y ordenado cronológicamente por Notovich, Pilatos presenta a un testigo de la acusación contra Jesús por supuesta sedición contra la autoridad de Roma que el propio Notovich identifica con Judas. Judas era seguramente considerado un testigo invalorable porque no pertenecía al Concilio y era, supuestamente, un disidente del grupo que seguía a Jesús. En la acusación, ese testigo parece decir justamente lo que Jesús quiere que decir, porque le da el pie para que, en su respuesta, manifieste ante las autoridades romanas y los sacerdotes del Sanedrín, lo que quiere decir. Dicho testigo toma la palabra y se dirige así al acusado: "Tú has dicho al pueblo que el poder temporal era nada ante el Rey que debió sacudir prontamente a los israelitas el yugo pagano". Jesús, por el contrario, no rechaza esta acusación sino que la asume como cierta y hasta bendice al testigo: "Seas tú bendecido por haber dicho la verdad: el rey de los cielos es muy grande y más poderoso que la ley terrestre; y su reino sobrepasa a todos los reinos que aquí tenemos..."(Tb.13:16 y 17). Por si fuera poco, luego agrega que "se ha anunciado que vendrá un precursor a anunciar la liberación del pueblo y lo reunirá en una sola familia" (Tb. 13:18). Por supuesto, no dice que ese precursor sea él, no tanto por el hecho de que sería condenarse a sí mismo demasiado explícitamente, sino para no influir negativamente en el ánimo de los sacerdotes. Esta supuesta confesión de culpabilidad frente a Pilatos, lo declara Jesús ante los sacerdotes judaicos allí presentes a sabiendas de no estar diciendo nada que vaya contra las tradiciones y escrituras sagradas que ellos representan, por lo cual éstos rechazan la presunta confesión de culpabilidad ante la insistencia de Pilatos de que también se sumen a la condena.

Es, por otra parte, curioso que la acusación hecha por quien Notovich supone es Judas, sea justamente aquella que el propio Jesús acepta como cierta y que incluso le diera pie para pronunciar aquel discurso. Si Judas actuaba confabulado con Jesús, cumplió su misión a cabalidad.

La elección de liberar a Barrabás en lugar de Jesús respondiendo a la costumbre de perdonar a un condenado el día de Pascua, parece tener otra explicación que puede hallarse en la identidad de Barrabás. El evangelio de Juan lo minimiza respondiendo a esto muy escuetamente: “era ladrón” (Jn. 18:40). Por su parte Mateo sólo dice de él: “un preso famoso” (Mt.27:16). Aunque ambas afirmaciones pueden haber sido ciertas, no es común que alguien logre mucha fama sólo por ser simplemente un ladrón. Sin embargo, quien nos da la clave es Marcos. Según afirma, Barrabás se hallaba “preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta” (Mr. 15:7). Lucas se hace eco de Marcos diciendo que Barrabás “había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad, y por un homicidio” (Lc. 23:19). En ninguno de los dos pasajes se dice que haya sido él quien perpetrara el homicidio, sino que en la revuelta donde participó, resultó muerto alguien. Es decir, de acuerdo a estas versiones, Barrabás era un rebelde sedicioso, lo que en Judea se conocía como zelote. Los zelotes eran los que luchaban por medios armados por la independencia hebrea, pues ningún poder debía estar por sobre la soberanía del Señor. Tenían gran arraigo en una parte de la población y en consecuencia era posible que Barrabás fuera un líder zelote muy popular.

La multitud tenía derecho a salvar a uno de los dos líderes: uno que predicaba y practicaba la violencia por la liberación del pueblo judío y otro que predicaba la no violencia. Era natural que para la cultura y las tradiciones insurreccionales de los hebreos, la prédica de Jesús resultara todavía muy extemporánea. Ese grupo de judíos presentes, o por lo menos la mayoría de ellos, elige a Barrabás, no porque deseara la muerte de Jesús sino porque la opción que les presentaba iba más a tono con las gloriosas luchas de los Macabeos aún relativamente cercanas en la historia. La versión de Mateo de que los sacerdotes persuadieron a la multitud de que seleccionara a Barrabás, no tendría sentido si lo que se perseguía era convencer a Pilatos de su neutralidad, pues para éste, tanto uno como el otro constituirían un peligro para el poder romano y apoyar a cualquiera de ellos los habría comprometido como enemigos de Roma.

Pero hubo una razón más para que el péndulo de la muerte se inclinara hacia Jesús. Si esa multitud fue en verdad persuadida de tomar esa decisión, es más probable que la principal responsabilidad no haya sido de los sacerdots sino del propio Pilatos. En los recuentos posteriores de estos hechos la iglesia romana reconoció y oficializó aquellas versiones que absolvían al representante de Roma de aquella ejecución. Pilatos, que en realidad se había distinguido por ser implacable y sanguinario, aparecería en estos relatos como un hombre tolerante y amable que somete al pueblo de Jerusalén la decisión de la ejecución de Jesús y que al final, ante los gritos de la multitud pidiendo su muerte, es quien se lava las manos y proclama ante la multitud: “Inocente soy yo de la sangre de este justo, allá vosotros”. Y la multitud -supuestamente todos judíos-, responde a gritos algo inconcebible: “Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos” (Mat. 27:24 y 25). Pero se trata de un evangelio romanizado, es decir, adaptado a los intereses del Imperio, en particular del Emperador Constantino tres siglos después.

En la versión tibetana dada a conocer por Nicolás Notovitch, por el contrario, son "los Sumos Sacerdotes y los ancianos sabios" quienes acuden a Poncio Pilatos, prefecto de la provincia romana de Judea, para que libere a Jesús "en honor de una fiesta próxima", pero el gobernador se niega a conceder este indulto que sin embargo otorga a Barrabás, lo cual significa que Pilatos, un hombre muy inteligente, teme más a las prédicas pacíficas de Jesús que a largo plazo pueden tener gran influjo en ciertos sectores, incluso en una parte del propio Sanedrín, que al violento Barrabás, representante de una oposición que él sabe cómo combatir y ahogar a sangre y fuego. Como veremos en el próximo capítulo, en el ánimo de Pilatos pudiera haber pesado una razón más para esta decisión.

Los sacerdotes, después de deliberar entre ellos, responden: “Nosotros no asumiremos sobre nuestras cabezas el gran pecado de condenar a un inocente y liberar bandidos, cosa contraria a nuestras leyes”, y son estos sacerdotes quienes se lavan las manos cuando Pilatos decide por su propia cuenta ordenar la ejecución de Jesús: "somos inocentes de la muerte de este hombre justo" (Tb.13:7-25). De esta manera, aunque los Sumos Sacerdotes dejan bien claro que ninguna responsabilidad tienen con las posiciones de Jesús, dejan también constancia de que tampoco la tienen en su ejecución. Hay más sentido en el evangelio tibetano teniendo en cuenta que, además, en el Sanedrín había admiradores y hasta partidarios de Jesús, como Nicomedes e incluso, un posible pariente, como José de Arimatea.

 Es de notar que los tibetanos, de una religión muy diferente a la judaica, no habrían tenido interés alguno en absolver a las autoridades judías de la culpa de la muerte de Jesús, y menos Notovich, que era ortodoxo, otra religión donde ya había calado el sentimiento antisemita.

1. El Evangelio de Nicodemo. *Evangelios apócrifos*. Editorial Porrúa, México (2015). [↑](#footnote-ref-1)